

**¡HIJOS
de
DIOS!
¿Fantasía
o
Realidad?**

Pastor Efraim valverde, Sr.

OTROS LIBROS DEL PASTOR E. VALVERDE, SR.

- Adoradores de la Imagen de Dios o Adoradores de la Imagen de la Bestia
- Autobiografía del Pastor Efraim Valverde Sr.
- Conociendo a Nuestro Enemigo
- Culturas y Tradiciones Latinas
- Cristianos Violentos
- El Espíritu Santo y las Lenguas
- El Diezmo y la Mayordomía Cristiana
- El Divorcio y el Volver a Casarse
- El Tribunal de Cristo
- El Verbo de Dios
- ¿Existe la Trinidad?
- Hijos de Dios, ¿Fantasía o Realidad?
- Himnario "Maranatha"
- La Diferencia entre Teocracia y Democracia
- La Esposa Mujer del Cordero
- La Esperanza de la Resurrección
- La Historia del Moderno Estado de Israel
- La Humanidad del Señor Jesús
- La Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo
- La Importancia del Bautismo en Agua
- Las Inmundicias de Nuestra Carne
- La Maravillosa Gracia de Dios
- La Muerte y los Hijos de Dios
- La Realidad Sobre la Evolución
- La Realidad Sobre el Rapto
- La Unicidad de la Deidad
- Las 70 Semanas de Daniel
- Llamados para Atacar
- Liderato entre el Pueblo de Dios
- ¿Libertad o Libertinaje?
- Los Ciento Cuarenta y Cuatro Mil
- Manifestaciones de los Espíritus
- Ministros del Señor Jesucristo
- ¿Quiénes son Israelitas?
- Saliendo de Babilonia
- Señor Jesucristo Nombre Supremo de Dios
- YHWH, El Nombre Original de Dios
- 666 ¿Literal o Simbólico?

Adoradores de la Imagen de Dios o Adoradores de la Imagen de la Bestia (En este libro de 250 páginas, el Pastor declara la diferencia entre el gobierno de Dios, y del hombre, en la Iglesia del Señor. Reprueba inclusive las fantasías del Futurismo. Refiere también datos históricos que tienen que ver tanto con Israel como con los 20 siglos de existencia de la Iglesia).

Además de los libros descritos, ofrecemos también predicaciones en audiocasetes y videocasetes, tratados, y otra literatura y publicaciones del pastor E. Valverde, Sr. Ofrecemos también un amplio surtido de Biblias y de libros para el estudio de la Palabra de Dios, himnarios, música cristiana, y mucho más. Solicite su pedido a:

LIBRERÍA MARANATHA
P.O. Box 10271-Salinas, Ca 93912
Teléfono: (831) 422-3449 / Fax: (831) 769-0290

Si desea recibir la publicación trimestral, "MARANATHA", envíenos su domicilio postal y con gusto se lo enviaremos gratuitamente:

NOMBRE: _____
DIRECCIÓN: _____

PUBLICACIONES MARANATHA
OF THE CHURCH OF JESUS CHRIST
IN THE AMERICAS
P.O. BOX 10271, SALINAS, CA 93912-7271
TERCERA EDICIÓN/2006

MINISTERIOS E. VALVERDE
P.O. Box 10271
Salinas, Ca 93912
Teléfonos: (831) 422-5024 y (831) 422-0647
Visítenos en nuestro sitio en el Internet: www.evalverde.com
o escribanos una carta electrónica: evalverde@evalverde.com.

SOBRE EL AUTOR



El pastor Efraim Valverde, Sr., inspirado por el Espíritu Santo, ha sido también el autor, a lo largo de medio siglo ya en el ministerio, de otros muchos libros escritos. En ellos diserta sobre temas y verdades de prominencia suprema. Y digo "suprema" porque del conocimiento de tales verdades depende la vida espiritual de los hijos de Dios.

Con un llamamiento no común, este ministro de Jesucristo el Señor, ha presentado al pueblo de Dios-en una forma singular-, tanto por el mensaje hablado como por el escrito, las verdades y misterios que le han sido declarados por el Señor en Su Santa Palabra, la Sagrada Biblia. Para este tiempo y a nivel mundial, los mensajes fruto de este ministerio han causado un impacto positivo en las vidas de muchos entre el *"pueblo de los santos del Altísimo"*(Daniel 7:27).

Por otra parte, en el sentido negativo, el ministerio y los mensajes de este hombre de Dios han provocado grande controversia en el sentir de muchos. Mayormente por cuanto ha sido llamado por el Señor para "afligir a los confortables, y confortar a los afligidos". En este ministro ha operado aquello dicho: *"Las palabras de los sabios son como agujones; y como clavos hincados, las de los maestros de las congregaciones, dadas por un Pastor"* (Eclesiastés 12:11). El propósito principal de este ministerio ha sido el confirmar a los fieles, y sacudir y despertar a todos los que fuere posible de entre un mundo religioso adormecido y ciego. Un mundo donde prevalece un cristianismo anémico y complaciente que vive teniendo *"en poco esta salvación tan grande"* (Hebreos 2:3).

Pastor Efraim Valverde, II

CONTENIDO

	PÁGINA
INTRODUCCIÓN.....	5
¡HIJOS DE DIOS! ¿FANTASÍA O REALIDAD?.....	7
EL TREMENDO PODER DE LOS HIJOS DE DIOS.....	19
LAS ARMAS SUPREMAS DE LOS HIJOS DE DIOS.....	28
CONCLUSIÓN.....	32
SOBRE EL AUTOR.....	34

***“Antes como está escrito:
Cosas que ojo no vio,
ni oreja oyó, ni han
subido en corazón
de hombre,
son las que Dios
ha preparado para
aquellos que le aman.
Empero Dios
nos lo reveló a nosotros
por el Espíritu;
porque el Espíritu
todo lo escudriña,
aún lo profundo de Dios”.***

(1 Corintios 2:9-10)

arma poderosa en las manos del enemigo para desanimar a los que aún no creen. Son muchas las veces en las que yo mismo he oído la exclamación de una persona inconversa que ha dicho: “Si el ser cristiano como ustedes dicen, es para vivir la vida miserable que vive el hermano Fulano, yo mejor sigo como estoy”.

Creo, por tanto, que me asiste una razón muy fuerte e innegable para estar siempre insistiendo en que es imperativo que los hijos de Dios, mis hermanos amados en el Señor, conozcan y entiendan, en la forma más profunda que les fuere posible, el lugar y el poder que tenemos aquí. La verdad es que no importa qué tan tremenda fuere la lucha o la prueba, o en la forma o en el grado de intensidad que ésta viniere, ¡nunca podrá nuestro enemigo conseguir que estemos derrotados! Pues precisamente a esto es a lo que se refiere nuestro hermano, el apóstol Pablo, cuando dice: “Antes, en todas estas cosas hacemos más que vencer por medio de Aquel que nos amó. Por lo cual estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente ni lo por venir, ni lo alto, ni lo bajo, ni ninguna criatura nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Ro. 8:37-39). ¡Aleluya! Mi hermano, mi hermana, hijo(a) de Dios, considera el lugar maravilloso que como tales tenemos y el tremendo poder de que somos poseedores. Levanta entonces victorioso tu frente y... ¡ADELANTE, PORQUE EL SEÑOR YA VIENE PRONTO!

INTRODUCCIÓN

Absolutamente todo el plan de la creación, ahora tanto física como también espiritual, está enfocado por Dios en Él (Col. 1:16) y en Sus hijos. Ciertamente que hoy los hijos de Dios aparecemos ante el resto de la humanidad como dos pueblos: Israel y el Pueblo Judío, y la Iglesia entre los Gentiles.

Mas el mismo Creador ha dicho que va a llegar el día en que ya no seremos más dos pueblos, sino que habrá solamente un solo rebaño (Jn. 10:16) Y ese rebaño es precisamente el conjunto total que Daniel profeta llama el *"pueblo de los santos del Altísimo"* (Dn. 7:27).

Toda la inmensa humanidad es ciertamente creación del Todopoderoso. Pues Dios ha creado a cada ser humano que ha existido, y que existe hoy sobre la faz de la tierra. Mas en medio de toda la creación, y entre esta inmensa humanidad, Dios ha propuesto poner a Sus hijos que no somos solamente creados, sino engendrados.

Engendrados por el Padre (Jn. 1:13) desde *"el principio"* (Jn. 1:1), y que a su tiempo hemos venido aquí a *"participar de sangre y carne"* (He. 2:14) para que tengamos de adquirir viviendo en esta humanidad, un tesoro que a los mismos ángeles no les es dado obtener. Pues ellos mismos son *"espíritus administradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de salud"* (He. 1:14).

Este tesoro para Dios, es nuestra madurez espiritual. Un tesoro de supremo valor para nuestro Padre, el cual no se puede adquirir de ninguna otra manera sino solamente en el crisol de la prueba en esta nuestra vida aquí como humanos. Estos *"tesoros"* son los que en la eternidad

CONCLUSIÓN

Mi ferviente oración ante mi Dios es que Él unja con su Espíritu Santo lo que, a la vez, Él mismo me ha inspirado para que escriba. Él sabe, mejor que nadie, que son muchos sus hijos que no aprecian el lugar que tienen por razón de que ignoran lo que en Su Palabra Él nos declara al respecto. Por cierto que si hay algo en lo que el diablo se esfuerza en forma especial para hacer es *"cegar los entendimientos"* no solamente *"el de los incrédulos"*, sino también el de los creyentes. Pues él sabe que si el creyente, el hijo de Dios, camina con el Señor con un conocimiento o una fe superficial limitada, es muy posible que no sea fiel a Dios hasta el fin de su jornada.

No es ningún secreto el hecho de que son muchos los hijos de Dios que caminan, pero caminan en una continua derrota. Esa clase de vida cristiana no solamente es algo indeseable y no apetecible, mas aún peligrosa. La vida del cristiano que vive siempre derrotado es, inclusive, una

“resplandecerán como el resplandor del firmamento...y como las estrellas a perpetua eternidad” (Dn. 12:3).

Mirando que son pocos en verdad los hijos de Dios quienes realizan el maravilloso lugar que ocupamos en el plan del Eterno, he sido movido para escribir aunque sea en forma breve, lo que está en el presente estudio.

Cada hijo de Dios que entienda quienes somos en verdad, podrá exclamar con nuestro apóstol Pablo: *“Porque tengo por cierto que lo que en este tiempo se padece, no es de comparar con la gloria venidera que en nosotros ha de ser manifestada” (Ro. 8:18).*

“Muy amados, ahora somos hijos de Dios, y aun no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando Él apareciere, seremos semejantes a Él, porque le veremos como Él es. Y cualquiera que tiene esta esperanza en Él, se purifica, como Él también es limpio” (1 Jn. 3:2-3).

EL AUTOR

en todos los aspectos de su vida, mientras camina en este mundo. Al final del Libro de Dios está escrito que *“aquellos (los hijos de Dios) le han vencido (a Satanás) por la Sangre del Cordero, y por la Palabra de Su testimonio” (Ap. 12:11).*

5. EL ACEITE DE LA UNCIÓN.- El don del Espíritu Santo, y el poder de la Sangre del Cordero, operan en el hijo de Dios por la unción Divina. La virtud del Nombre de Jesucristo el Señor, y el poder de La Palabra de Dios, operan por su invocación en la boca del hijo de Dios. Las cuatro, en sus respectivas formas de operación, son de carácter netamente espiritual. En cambio, la Unción del Aceite es operación netamente física. *“¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el Nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si estuviere en pecados, le serán perdonados” (Stg. 5:14-15).* La Unción del aceite, por razón de su aplicación netamente física, puede aparecer como algo simple y sencillo y, por lo tanto, de poca importancia. La realidad es exactamente lo contrario, pues los demonios le tienen horror al aceite. Lo dicho me consta, y mi consejo para los hijos de Dios ha sido que usen como arma de Dios la Unción del aceite en todo lugar y en toda ocasión, en nuestra guerra sin cuartel en contra del diablo y sus ejércitos. (La Unción del Aceite aquí recomendada no es solamente la unción oficial administrada por los ministros, sino también la aplicación del aceite en el círculo privado de la familia o de las amistades. ¿Se te hace extraño lo que digo, y no lo puedes creer? Si eres hijo(a) de Dios, ámate y usa el aceite, y te vas a sorprender y a maravillarse al mirar los resultados.

Dios necesita tener en su arsenal de armas espirituales. Pues es, inclusive, *“las arras de nuestra herencia, para redención de la posesión adquirida para alabanza de su gloria”* (Ef. 1:14).

3. LA SANGRE DEL CORDERO.- La Sangre Divina, derramada por nuestro Señor y Salvador Jesucristo en la cruz del Calvario, es la *“sola ofrenda (que) hizo perfectos para siempre a los santificados”* (He. 10:14). Dios estableció el hecho de que *“sin derramamiento de sangre no se hace remisión” de pecados* (He. 9:22). Solamente la Sangre del Cordero de Dios (Jn. 1:29) ha sido suficiente para limpiar nuestros pecados. La Sangre del Cordero que nos limpió al principio cuando creímos, es la misma que necesitamos que nos siga limpiando todos los días (1 Jn. 1:7). Israel venció y salió de la esclavitud, por la virtud de la sangre del cordero de la Pascua; y al final del Libro Santo se nos declara que los que han vencido al enemigo, ha sido *“por la Sangre del Cordero”* (Ap. 12:11). El poder protector y purificador de la Sangre de Cristo es arma suprema en la vida de los hijos de Dios.

4. LA PALABRA DE DIOS.- Dios, por medio de Su Pueblo escogido, Israel, ha traído al mundo Su Palabra, y ha ordenado siempre a sus hijos que la honremos y obedezcamos (Jos. 1:8). El rey David ensalzó la Palabra de Dios diciendo entre muchas exclamaciones al respecto: *“Lámpara es a mis pies Tu Palabra, y lumbrera a mi camino”* (Sal. 119:105). El Señor Jesús dijo: *“Las Palabras que os he hablado, son Espíritu y son vida”* (Jn. 6:63). *“Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos”* (He. 4:12), porque es *“la espada del Espíritu”* (Ef. 6:17). Es *“la espada de la boca”* del Señor (2 Ts. 2:8 y Ap. 2:16). Es el arma poderosa y tangible que el hijo de Dios puede usar continuamente para pelear y vencer

¡HIJOS DE DIOS! ¿FANTASÍA O REALIDAD? LA SUPREMA MARAVILLA DE SER HIJOS DE DIOS

“Antes como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oreja oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para aquellos que le aman. Empero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aún lo profundo de Dios” (1 Co. 2:9-10).

Es algo muy natural en el humano, que para apreciarle es indispensable entender que el objeto de su aprecio tiene valor. Nadie va a apreciar nunca algo que en su concepto considera que no vale nada. La realidad innegable en este caso, como lo es en todos los aspectos de la apreciación humana, es que el valor que tuviere el objeto del aprecio, cualquiera que éste fuere, está en la mente. La prueba principal de lo dicho, está en el hecho de que el valor hacia un mismo objeto, persona, idea, etc., puede variar en forma radical entre una mente y otra.

La diferencia puede consistir en muchos y distintos factores, siendo la ignorancia uno de los principales. Cuando la persona ignora el valor de algo, por la razón que fuere, invariablemente habrá de tener aquello en poco aprecio, o aún no estimarlo para nada. Esa ignorancia, inclusive, en muchos de los casos puede fácilmente ser sin malicia, sin mala voluntad y con toda la sinceridad de la persona.

Nadie podría nunca juzgar mal a un niño de tres años al verle que no sabe apreciar la diferencia del valor entre un billete de un dólar y uno de cien dólares. En el caso del niño es fácil entender que la razón para no poder apreciar el valor del billete mayor, consiste en que aún no tiene la madurez mental necesaria para poder hacer tal

cosa. Lo mismo pudiéremos decir de la persona quien, ignorando el color de los metales, no sabe ni puede valorar el precio correcto de cierta alhaja o joya de valor.

Creo que los breves ejemplos presentados, son suficientes para ilustrar y comprobar la idea que estoy señalando. Pues por la voluntad del Creador, es sólo la maravillosa mente humana el único “aparato” que está facultado aquí para poder ejercer plenamente la acción de la apreciación. En muchos de los demás seres terrenales esa facultad existe también, pero en un grado muy inferior y limitado. En algunos animales la facultad es mayor, y en otros menor, y en otros por completo no existe. El perro aprecia el cariño de su amo, pero en cambio para la gallina ello no hace mayor diferencia.

Precisamente usando a los animales como un ejemplo, nuestro mismo Dios se lamenta diciendo: *“Oíd, cielos, y escucha tú, tierra; porque habla el Señor: Crié hijos y engrandecílos, y ellos se rebelaron contra Mí. El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su señor: Israel (¿ y la Iglesia?) no conoce, mi pueblo no tiene entendimiento”* (Is. 1:2-3). Pues Dios ciertamente le ha dado a los animales aludidos un cierto grado de facultad para apreciar, como a Él le ha placido. Mas al humano, habiendo sido hecho a la imagen de su Creador, lo ha facultado Dios con el poder de la mente (algo que los demás seres no tienen) para que pueda apreciar aún a la semejanza de como puede hacerlo su mismo Creador.

El poder apreciativo de la mente incluye la facultad ilimitada para diferenciar los valores de las distintas ideas que llegan al conocimiento del humano, o de los objetos o seres que hacen contacto con su vida. Son muchos los casos en los que al no apreciar algo como conviniere, no nos

me ha impulsado para que explique a sus hijos. *“Cosas... (que) Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu”, para que a su vez tengamos de compartirlas con Sus “pequeños”* (Lc. 10:21). Pues sabiendo y entendiendo es como podemos apreciar y creer. Y creyendo es como podemos entonces usar, en una forma poderosa y efectiva, las sobrenaturales y tremendas armas que tenemos a nuestra disposición, como lo son:

1. EL NOMBRE DEL SEÑOR JESÚS.- El maravilloso y sublime Nombre de JESUCRISTO Señor nuestro. El Nombre de Dios que es *“sobre todo nombre, para que en el Nombre del SEÑOR JESÚS se doble toda rodilla...”* (Fil. 2: 9-11). *“Y en ningún otro (nombre) hay salvación; porque no hay otro nombre debajo del cielo (fuera de JESÚS el SEÑOR), dado a los hombres, en que podamos ser salvos”* (Hch. 4:12). Es este Nombre Sublime y Maravilloso el que se nos ha dado para obtener el perdón de nuestros pecados (Hch. 2:38), y para pedir de Dios todas las cosas que necesitamos (Jn. 14:12-14). El Nombre por el cual podemos hacer prodigios, sanidades y milagros, y por el cual tenemos potestad sobre el mundo y sobre todos los demonios del infierno (Mr. 16:17-20). Este Nombre Santo es el arma todopoderosa de los hijos de Dios.

2. EL ESPÍRITU SANTO.- El sublime don del Espíritu Santo prometido por el Señor a sus discípulos (Jn. 14:26 y Hch. 1:8), y derramado con la evidencia exterior de las nuevas lenguas en el día que la Iglesia fue establecida en Jerusalem (Hch. 2:1-39). Es el poder sobrenatural con que fueron ungidos los apóstoles y los demás creyentes en el principio, y lo es hasta el día de hoy entre los hijos de Dios. Pues de este don de virtud y de poder está dicho: *“Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare”*. El Espíritu Santo es un don maravilloso de poder que cada hijo de

como hijos de Dios, creamos en el tremendo poder que como tales tenemos, y confiemos en Aquél quien nos ha hecho *“participantes de Su naturaleza divina”*, es imposible que seamos vencidos. Seguramente que *“el diablo... el padre de la mentira”* (Jn. 8:44), nunca va a dejar de tratar de engañar al hijo de Dios queriéndolo hacer que crea lo negativo. Eso no debe de extrañarnos en lo mínimo, puesto que sabemos muy bien que ese es precisamente el trabajo del tentador. Si lo hizo con el mismo Señor, con más razón lo hará con nosotros (Lc. 23:31).

Mas precisamente por eso me ha movido el Señor en esta ocasión para que les ayude a mis hermanos, a los hijos de Dios, a que realicen lo maravilloso de nuestra vocación y el tremendo poder que ello implica. Pues el diablo lo primero que hace siempre, y de continuo, es tratar de convencer al hijo de Dios diciéndole en la mente que no tiene poder, y para ello lo hace pensar en todo lo negativo: en sus muchas desventajas y limitaciones físicas y materiales; en todas sus flaquezas, defectos y tentaciones, etc. Estando ya convencido por los razonamientos negativos del diablo actúa entonces como si estuviera ya derrotado, olvidando el hecho de que como hijo de Dios no puede ser derrotado. Estando en esa condición mental negativa no usa entonces ni la potestad que como hijo de Dios posee, ni tampoco las poderosas armas que le ha dado el Padre. Y si las usa, lo hace en tal forma que no surten el efecto deseado, porque el diablo sabe que está dudando.

LAS ARMAS SUPREMAS DE LOS HIJOS DE DIOS

Es, por lo tanto, necesario e indispensable que estemos convencidos de las maravillas que aquí mi Señor

perjudica ni nos hace gran daño. Al no cuidar debidamente el automóvil que tiene, porque no aprecia en verdad lo que éste vale, ciertamente que no le habrá de acarrear consecuencias fatales. Lo único que pueda suceder es que ese auto no le va a durar lo que pudiera, y va a tener que gastar más dinero en comprar otro, más pronto de lo que quisiera. Lo mismo pudiéramos decir de los zapatos, o de un trabajo, o de muchas cosas y objetos más. Pues aunque valen algo ciertamente, no nos causarán una tragedia a la hora que nos faltaren por causa de no tenerlas en el debido aprecio. Inclusive, lo mismo pudiera decirse de alguna relación humana de poca importancia, o de algún objeto o conocimiento que no valiere gran cosa.

En cambio, nunca pudiéremos decir lo mismo cuando se tratare de aquellas cosas y aquellos seres que tienen que ver muy directamente con nuestra vida. En esto está incluido de una manera más especial nuestra relación con los seres que amamos y que están muy cerca de nosotros. No hay un esposo que pueda negar que le perjudica en gran manera el no apreciar como debiere la bendición de tener una fiel y amante esposa, y viceversa. De hijos que no apreciaren a sus amorosos padres, como de aquellos padres que no apreciaren la fidelidad y el cariño de sus hijos. Si en cualquiera de estas situaciones y de otras semejantes en las cuales va de por medio lo que vale más, como son los sentimientos, el resultado de apreciar será siempre grandemente perjudicial, ¿qué pudiéremos decir cuando de Dios se tratare?

El apóstol Pablo refiriéndose precisamente a la apreciación que como hijos de Dios debemos de tener por lo que Él nos ha dado, por el Espíritu Santo hace esta tremenda pregunta: *“¿Cómo escaparemos nosotros, si tuviéremos en poco una salud (salvación) tan grande?”* (He.

2:3). Es fácil leer esta exclamación y no mirar la profundidad que ella implica. Siempre ha habido cristianos quienes tienen en poco el supremo privilegio de ser hijos de Dios, y que no se dan cuenta del grande peligro en que por ello están. La razón por la que muchos no aprecian es, ciertamente, que voluntariamente aman más las cosas de este mundo que las cosas de Dios. Pero están, por otra parte, muchos sinceros hijos de Dios quienes no pueden apreciar a fondo el supremo privilegio que como tales tienen (y lo que Él les promete para el futuro), por razón de que no lo entienden porque no hay quien se los explique.

La verdad es que las promesas de Dios para sus hijos, principiando aquí y continuando en la eternidad, son tan maravillosas y tan fantásticas que no es posible reconocerlas con la mera mentalidad humana. Solamente se pueden entender por revelación, por el Espíritu Santo. Eso es precisamente lo que el apóstol Pablo nos declara en el texto inicial cuando dice: *“Empero Dios nos lo reveló a nosotros por el Espíritu”*. El encabezado al principio de este capítulo: *“¿Fantasía o Realidad?”*, describe a la perfección la pregunta que fácilmente se puede hacer cualquiera que empieza a conocer las *“preciosas y grandísimas promesas”* (2 P. 1:4) hechas por Dios a sus hijos.

Y si esforzándonos en el Espíritu del Señor por entender estas promesas, aún así es difícil el poder captar en nuestras mentes la grandeza de ellas, ¿qué tanto podrá entender aquel cristiano quien, descuidado, solamente se reduce a lo elemental y a lo superficial, o que se jacta de ya saberlo todo?

Por tanto, lo que escribo a continuación sobre las maravillas divinas es para beneficio y ayuda de mis

tenemos ganada la victoria, dijo: *“En el mundo tendréis aflicción; mas confiad, Yo he vencido al mundo”* (Jn. 16:33).

Si alguien sabe perfectamente quiénes somos en verdad los hijos de Dios, y el poder que nuestro Dios y Padre nos ha dado, es el diablo. El apóstol Juan nos dice que: *“en esto somos manifiestos los hijos de Dios, y los hijos del diablo: cualquiera que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios”* (1 Jn. 3:10). Y es precisamente en estas condiciones básicas e invariables en las que reside fundamentalmente el tremendo poder que tenemos los hijos de Dios, y a lo cual el diablo le tiene miedo. (Cabe aquí insertar una experiencia personal que tuve hace años, en la que mi Dios me entregó a mi enemigo, Lucifer, para que me dijera delante de un buen número de testigos: *“Efraim Valverde, yo los odio a todos ustedes, pero yo le tengo miedo a un hombre que tiene amor y hace justicia”*).

Estas condiciones fundamentales concuerdan exactamente con la descripción simbólica que el apóstol Pablo hace del guerrero cristiano cuando dice: *“Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y estar firmes habiendo acabado todo. Estad pues firmes, ceñidos vuestros lomos de verdad, y vestidos de la cota de justicia, y calzados los pies con el apresto del evangelio de paz; sobre todo, tomando el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y tomad el yelmo de salud, y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios; orando en todo tiempo con toda deprecación y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda instancia y suplicación por todos los santos”* (Ef. 6:13-18).

Estando revestidos con *“toda la armadura de Dios”* es imposible el que seamos derrotados. Muchas veces parecerá como que ya no podemos pelear más, y como que ya nuestro enemigo nos venció. Pero mientras estemos conscientes de cuál es nuestro supremo y singular lugar

en ese cristiano. El verdadero poder de Dios nos es dado para vencer primeramente a nuestra carne en lo personal, y al diablo en sus provocaciones, y poder así vivir en amor, en paz, en comunión, en humildad, en sinceridad, en limpieza, etc. (Ro. 7:24-25).

La voluntad del Padre es que usemos el poder que Él nos ha dado para vencer primeramente en lo básico, que es en lo personal. Enseguida debemos de usar ese poder para librar a otros de las opresiones del diablo, sirviendo en todas las formas que nos fuere posible a cuantos el Señor pusiere en nuestro camino. Y señalo este orden progresivo por razón de que es posible tener señales exteriores del poder de Dios, y estar mal (Mt. 7:22). Mas insisto en el hecho de que la falsedad de los engañadores no puede hacer vana la verdad de lo prometido por nuestro Señor Jesucristo, quien dijo: *“Y estas señales seguirán a los que creyeren: En Mi Nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; quitarán serpientes, y si bebieren cosa mortífera no les dañará; sobre los enfermos pondrán sus manos y sanarán”* (Mr. 16:17-18).

Desde el principio el plan de Dios ha sido el de poner a sus hijos en este mundo donde reina *“el dios de este siglo”*, Satanás (2 Co. 4:4), y revestirnos con poder divino para que luchemos y salgamos victoriosos en esta guerra contra nuestro enemigo (Ap. 12:11). No nos ha puesto aquí para que peleemos esta guerra campal con armas humanas, débiles y limitadas, sino con armas tremendas y poderosísimas que al usarlas efectivamente nos tienen asegurada la victoria en contra de todas las huestes del Averno. El Señor, hablando precisamente de esto, dijo: *“Sobre esta piedra (Él mismo —Ef. 2:20), edificaré Mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella”* (Mt. 16:18). Y exhortándonos para que creamos que confiando en Él

hermanos sinceros y humildes quienes, reconociendo su necesidad de adquirir mayores conocimientos, buscan y piden la instrucción. Como ya he señalado anteriormente, para apreciar algo es necesario saber que aquello vale, porque el valor de lo que se apreciare está en nuestra mente. Para poder apreciar como se debe lo que tenemos prometido y ofrecido de Dios, como hijos de Él, es imperativo que en nuestras mentes haya un entendimiento y una visión lo más clara posible. Es la voluntad de Dios que nosotros alcancemos estos conocimientos por medio de Su Palabra, y por el Espíritu del Señor Jesús.

La Escritura Sagrada declara enfáticamente que las cosas maravillosas de Dios: *“que ojo no vio, ni oreja oyó, ni ha subido en corazón de hombre”*, no son para todos los seres humanos, sino que: *“Son las que Dios ha preparado para aquellos que le aman”*. Y, ¿quiénes son los que le aman sino sus verdaderos hijos? Por tanto, insisto en que el ser hijos de Dios en verdad es el privilegio supremo. El privilegio de privilegios. No puede haber nada superior ni mayor, ni en la tierra ni en el cielo, ni en el tiempo ni en la eternidad, que se iguale al lugar de los hijos de Dios. Nada se puede comparar con el sublime honor y el tremendo poder de que son dueños esos seres superespeciales a los cuales el Libro Santo distingue con el honorífico título de: *“Santos del Altísimo”* (Dn. 7:27).

El entender y reconocer lo maravilloso de la verdad señalada, es básico e indispensable. Pues todo lo glorioso que Dios ha hecho es precisamente para sus hijos. Al no ser hijo de Dios, no tendría caso para alguien solamente el conocer las cosas portentosas que el Eterno tiene para sus escogidos, y no ser participante de ellas. Esto sería, en todo caso, la mayor desgracia que un ser humano pudiese sufrir. Pero aún hay algo irónico y peor que lo anterior, y esto es,

que siendo hijo de Dios tuviere de perder sus privilegios como tal por no realizar el valor de ello. Pues al no valorar su lugar, es lógico que no lo va a apreciar como Dios lo requiere, y lo va a perder. Las Sagradas Escrituras están llenas de advertencias a los hijos de Dios sobre este peligro. Mas aún así son muchos los que no le dan mayor importancia, y van a realizar su error cuando ya fuere demasiado tarde (Sal. 50:16-23).

Son muchas y diversas las estrategias que el enemigo usa para inducir al cristiano a que desestime su privilegiado lugar. La religión misma es una de las trampas más efectivas del diablo. Con todo y lo extraño que esta declaración parezca, la verdad es que son muchos los hijos de Dios quienes por tener sus ojos puestos en la religión, los han quitado del Señor. Por mirar lo visible, han dejado de caminar *“viendo al Invisible”* (He. 11:27).

Es bien conocida la prominencia que, entre nuestro propio ambiente, tiene en las mentes de muchos de nuestros hermanos esta manera de pensar y de actuar. Y no me refiero aquí al ambiente idolátrico y pagano prevaleciente entre nuestra raza, donde la profunda ignorancia con respecto a las verdades de Dios tiene hundida a nuestra gente en el desvío y en las doctrinas del error. Pues entre ellos se da por hecho el que defiendan *“su religión”*, y el que vivan en la inmundicia justificándose en *“su religión”*; pues actúan así *“ignorando las Escrituras y el poder de Dios”* (Mt. 22:29).

En la declaración aludida, me estoy refiriendo más particularmente a aquellos cristianos quienes conocen la Palabra de Dios; quienes profesan el *“haber nacido otra vez”*, y el haber recibido el don del Espíritu Santo. A aquellos

en las cuales nuestro Dios señala la autoridad y el poder espiritual que ha dado a sus hijos. Pero una admirable declaración es imperativa citar en este caso, y es aquella en la cual el mismo Señor nos dice: *“¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois? Vosotros sois dioses, e hijos todos vosotros del Altísimo”* (Sal. 82:6). *“Si llamó dioses a aquellos a los cuales fue hecha palabra de Dios (y la Escritura no puede ser quebrantada)...”* (Jn. 10:34-35).

Al comprender la realidad de esta tremenda declaración hecha por nuestro Señor Jesucristo, descubrimos un misterio que humanamente es imposible creerlo. Pero, hablando de la creación en su totalidad, esta es la verdad más maravillosa desde el primer hasta el tercer cielo (2 Co. 12:2). Pues en el sentido humano un príncipe, que ha sido engendrado por su padre el rey, hereda por derecho un lugar único y especial de autoridad y de poder; y lo mismo puede decirse del hijo de un hombre rico poseedor de grandes tesoros. En el reino del espíritu, la herencia de los hijos del Altísimo, *“engendrados por Dios”*, es incomparablemente superior no solamente en riquezas y tesoros espirituales mas también en autoridad, y en poder.

Pero existe un problema muy común en la vida de muchos de los hijos de Dios, que consiste en saber y aún de hablar del poder de Dios como de una teoría, y nada más. Pues así como es fácil y común para muchos cristianos el cantar del amor y vivir aborreciéndose, el profesar sinceridad y ser hipócritas, el predicar humildad y ser soberbios, también es fácil hablar del poder de Dios y hasta hacer bastante ruido y no tenerlo en realidad. Pues, inclusive, con el solo hecho de vivir alguno las apariencias descritas, y algunas otras más, es en sí ya más que suficiente prueba de que el poder de Dios no está en verdad

ángeles caídos que son hoy los demonios, las *“malicias espirituales en los aires”* (Ef. 6:12).

Lo explicado debe de ser más que suficiente para que mis hermanos, los hijos de Dios que esto leyeren (y el decir “hijos de Dios” abarca a hombres y mujeres), experimenten ese *“gozo inefable y glorificado”* (1 P. 1:8) que produce el considerar *“lo que hemos de ser... cuando Él* (el Señor Jesús) *apareciere”* en su próxima y Segunda Venida. Pero el mismo texto bíblico citado que nos dice lo que hemos de ser en ese día glorioso que esperamos, también nos dice que: *“ahora somos hijos de Dios”* ya. Y si creemos a lo maravilloso que está por venir aunque aun no lo vemos, con mayor razón debemos de creer las maravillas de que ya somos poseedores ahora como hijos de Dios; especialmente en lo que toca a la **“potestad”** que como tales se nos ha sido dada al creer en Su Nombre (Mr. 16:17).

Para apreciar el supremo privilegio de ser hijos de Dios, como lo explico antes, es indispensable el reconocerlo primero. Así también es indispensable reconocer primero la tremenda potestad con que Dios ha revestido aquí a sus hijos, para poder enseguida usar ésta en forma poderosa y efectiva en la guerra contra nuestro implacable y tremendo enemigo. *“Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra señores del mundo, gobernadores de estas tinieblas, contra malicias espirituales en los aires”* (Ef. 6:12). *“Porque aunque andamos en la carne, no militamos (no peleamos) según la carne, (porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas); destruyendo consejos, y toda altura que se levanta contra la ciencia de Dios, y cautivando todo intento a la obediencia de Cristo”* (2 Co. 10:3-5).

Imposible sería el enumerar aquí todas las Escrituras

que, inclusive, han sido bautizados en el Nombre de nuestro Señor Jesucristo, pero que continúan poniendo su vista en *“su religión”*, haciendo aquello mismo que, a su vez, reprueban en los idólatras. Por causa de esto muchos cristianos hoy, poseedores del supremo privilegio de ser hijos de Dios, están en peligro de perderlo precisamente porque le dan más importancia a las formas exteriores de *“su religión”*. Para ellos las ceremonias, ritos, sacramentos y demás, inclusive sus sistemas y tradiciones, tienen mayor importancia que los valores espirituales.

En su descuido, ignoran voluntariamente lo dicho de: *“que el reino de Dios no es comida, ni bebida, sino justicia y paz y gozo por el Espíritu Santo”* (Ro. 14:17). Ignoran también el hecho de que la religión no es nada más que la actitud personal del individuo, producida ésta por lo que el individuo cree en relación a lo divino. El apóstol Santiago (1:26-27) nos declara esta verdad diciéndonos que: *“Si alguno piensa ser religioso entre vosotros, y no refrena su lengua, sino engañando su corazón, la religión del tal es vana. La religión pura y sin mácula delante de Dios y Padre es esta: Visitar los huérfanos y las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha de este mundo”*. Aquí el apóstol enfatiza la individualidad de la religión. Pues no es *“la religión de los tales”*, sino *“la religión del tal”*. No es plural sino singular. No es la acción de un conjunto, sino la del individuo. Es ley inexorable el hecho de que todo efecto es producido por una causa.

La religión, por lo tanto, es el efecto que causa aquello que el individuo cree. En el caso de los hijos de Dios, la *“religión pura”* que describe Santiago es el efecto que causa la presencia de Cristo el Señor operando individualmente en la vida de cada uno de sus hijos. De

aquellos quienes amándole y obedeciendo Su voz, viven *“la verdadera religión”*. Cada uno de estos hijos de Dios puede, por lo tanto, decir de sí mismo al igual que el apóstol Pablo: *“... y vivo, no ya yo, mas vive Cristo en mí”* (Gá. 2:20).

Entendidos, por tanto, qué es la religión, realizamos entonces que el ser hijo de Dios implica factores mucho más profundos que por lo regular se cree, se entiende y se enseña. Los aspectos exteriores y visibles de esta obra maravillosa (y aún misteriosa) de Dios en el humano, tienen su debido lugar y su debida importancia. Es indispensable y satisfactoria la actitud de humillación y de arrepentimiento del nuevo creyente. Es imperativa la obediencia al bautismo en el Nombre de nuestro Señor Jesucristo para el perdón de los pecados. Es gloriosa y necesaria la recepción del don del Espíritu Santo en su nueva vida, con la evidencia sobrenatural de las nuevas lenguas. Es indispensable y de grande valor ante Dios también, la vida de santidad en el nuevo creyente juntamente con sus buenas obras.

Pero ninguno de los aspectos visibles enumerados pudiera nunca ser posible si el cristiano no hubiera sido antes ya, por la mano misteriosa del Eterno, *“hecho participante de la naturaleza divina”* (2 P. 1:4). Esta declaración, juntamente con la que encabeza este capítulo (Jn. 1:12-13), y las muchas más relacionadas con esta tremenda verdad, nos declaran misterios maravillosamente fantásticos con respecto a la vida de los seres humanos a quienes el Dios Eterno y Todopoderoso llama Sus hijos. Seres quienes no son solamente hechos por el Creador, sino *“engendrados por Dios”*. Seres súper-especiales a quienes Dios mismo llama: *“dioses”* (Sal. 82:6 y Jn. 10:34-35). Seres fabulosos aquí en la tierra a quienes los mismos ángeles están llamados de Dios para servirles (He.

grande estruendo, y los elementos ardiendo serán desechos, y la tierra y las obras que en ella están serán quemadas... bien que esperamos cielos nuevos y tierra nueva, según sus promesas, en las cuales mora la justicia” (2 P. 3:10-13) y *“el tiempo no será más”* (Ap. 10:6). Será entonces cuando, después de haberse efectuado *“la mudanza de las cosas movibles”* (las del reino móvil), entraremos de lleno los hijos de Dios a tomar nuestro único y especial lugar en *“el reino inmóvil”* (He. 12:26-28) del cual desde aquí somos ya hoy parte.

Es entonces cuando, *“seremos semejantes a Él”*. Cuando habitaremos ya en cuerpos de gloria semejantes al cuerpo de la gloria de nuestro mismo Dios (Is. 6:1 y Mt. 17:2). *“Cuerpos espirituales”* (1 Co. 15:44), increíblemente maravillosos, que funcionarán en perfecta armonía con nuestra mente, la que ahora ya desde aquí es la parte eterna de nuestro ser. Cuerpos que no miden ningún obstáculo ni están sujetos a la ley de la gravedad, ni al tiempo ni a la distancia, con los cuales podremos viajar a través de la eternidad y del espacio infinito como podemos hacerlo hoy con nuestro pensamiento.

Estando en ese estado supremo de gloria los hijos de Dios tomaremos entonces, en la eternidad y sobre todo el universo de la nueva creación, nuestro lugar simbólico como *“la Esposa, mujer del Cordero”* (Ap. 21:9). Un lugar que es segundo, aun en el mismo *“tercer cielo”* y en *“el paraíso”* (2 Co. 12:2-4), solamente al de nuestro mismo Dios. Un lugar que es antes que el de los mismos ángeles y de todos los demás seres celestiales. Pues inclusive ya desde aquí mismo, en esta vida, los ángeles *“son todos espíritus administradores enviados para servicio a favor de los que serán herederos de salud”*: los hijos de Dios (He. 1:14). Precisamente por esta razón no son los ángeles, sino los hijos de Dios los *“que hemos de juzgar a los ángeles”* (1 Co. 6:3). O sea, a los

15:52). Continúa enseguida la indescriptible y maravillosa glorificación de nuestros cuerpos, para ser *“semejantes a Él, porque le veremos como Él es”*. Esto es algo que no es posible captarlo ni mucho menos explicarlo con el intelecto humano.

Esta metamorfosis divina, que habrá de efectuarse en *“el día del Señor”*, es algo tan tremendo que fácilmente puede sucederle a más de un cristiano el que lea esta promesa, y hasta la predique, y aun así no realice la magnitud y la gloria que ella implica. Pues no solamente es ese *“aquel día”* (2 Ti. 4:8) en el que cada fiel hijo de Dios entra en su gloria, sino en el *“que también las mismas criaturas (la creación entera) serán libradas de la servidumbre de corrupción en la libertad gloriosa de los hijos de Dios”* (Ro. 8:19-22). Pero aun más, es en ese día (que es también el renombrado *“día del Señor”*) cuando el mismo Creador, el Dios Todopoderoso, Jesucristo el Señor (Mt. 28:18), es *“glorificado en sus santos”* (2 Ts. 1:7-10).

Es entonces cuando *“el reino, y el señorío, y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, será dado al Pueblo de los santos del Altísimo; cuyo reino es reino eterno, y todos los señoríos le servirán y le obedecerán”* (Dn. 7:27). Es entonces cuando, para principiar, *“reinaremos sobre la tierra... mil años”* (Ap. 5:10 y 20:4), cumpliéndose literalmente las promesas hechas por Dios a Su Pueblo, de que Él *“sujetará a los pueblos debajo de nosotros, y a las gentes debajo de nuestros pies, (y) nos elegirá nuestras heredades”* (Sal. 47). Esto es a Su Pueblo Israel y a Su Iglesia quienes para entonces ya no seremos más dos pueblos como lo somos hoy, sino que solamente *“habrá un rebaño y un Pastor”* (Jn. 10:16).

Después de este período inicial de mil años en el reino eterno de los hijos de Dios, *“los cielos pasarán con*

1:13-14).

Insisto que cuando estos seres súper-naturales, como lo son los hijos de Dios, reducen su posición especial solamente al nivel *“religioso”* con declaraciones elementales como: *“ya acepté a Cristo”, “ya me hice hermano”, “ya soy bautizado”, “ya pertenezco a la iglesia fulana”, “ya no tomo, ya no bailo”, etc.*, no se están ayudando a sí mismos. Al reducir en esta forma en sus propias mentes el valor supremo del tesoro que poseen en esta vida ya como hijos del Altísimo, y mayormente en la eternidad, inconscientemente degradan la sublimidad de su divina vocación.

El cristiano que no está entendido en una forma suficientemente profunda del privilegio de que es dueño, lógicamente tampoco lo va a apreciar como debiera. Como consecuencia de ello, ese hijo de Dios no va a estar tampoco dispuesto a pagar todo el precio que de parte del Señor le fuere requerido, y vivirá en el continuo peligro de *“vender su primogenitura”* (He. 12:16). Por tal razón nos es imperativo el entrar en los arcanos del Libro Santo y conocer en él, en la forma más extensa que nos fuere posible, cuál es nuestro lugar delante de nuestro Padre, delante de los seres celestiales y delante de la humanidad que aquí nos rodea.

He citado ya el hecho único y maravilloso de que como hijos de Dios no hemos sido *“creados”*, sino que hemos sido *“engendrados”*, y por tal razón somos ahora *“participantes de la naturaleza divina”*. Ciertamente que mientras estamos aquí *“participando de carne y sangre”* (He. 2:14), en nuestra humanidad no somos diferentes, ni mejores o superiores que los demás humanos. Mas *“el hijo de Dios”* en nosotros no es nuestra humanidad, sino *“el*

hombre interior” a quien repetidas veces se refieren las Sagradas Escrituras (Ro. 7:22-2; 2da. Co. 4:16; Ef. 3:16, 1 P. 3:4).

Es entonces ese, nuestro *“hombre interior”*, el que ha *“nacido otra vez”* (Jn. 3:3-7), no siendo *“engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, mas de Dios”*. Y así como en nuestra humanidad traemos por herencia la genética y la naturaleza de nuestros padres, en nuestro hombre interior ha sido restituida —por el hecho de haber nacido otra vez— la genética y la naturaleza de nuestro Padre Celestial que perdimos al venir a *“participar de carne y sangre”*. Esta verdad innegable, tremenda y fantástica, es la que nos da un lugar único entre toda la creación del Todopoderoso. Pues, inclusive, aún ya desde aquí, *“nos hizo sentar en los cielos con Cristo Jesús”* (Ef. 2:6).

Dios creó a los ángeles y a todos los demás seres celestiales. Creó también las almas de todos los demás mortales quienes no son sus hijos. Pero en el caso de *“los hijos”* (Jn. 1:12-13), a éstos no solamente los hizo o los creó, sino que los engendró. A Nicodemo el Señor le repitió dos veces el hecho de que es necesario *“nacer otra vez”* (Jn. 3:3-7). *“No nacidos (otra vez) de sangre, ni de voluntad de varón, mas de Dios”*. No engendrados *“otra vez”* de naturaleza o genética humana, sino siendo *“hechos participantes de la naturaleza divina”* (2 P. 1:4).

La observación de Nicodemo de: *“entrar otra vez en el vientre de su madre y nacer”*, estaba en lo correcto. Pues para hacer cualquier cosa, *“otra vez”*, invariablemente debe haberse hecho lo mismo ya antes cuando menos por primera vez. Nicodemo contestó al Señor basado en este razonamiento, pues de *“carne y sangre”* ya había nacido la primera vez. Mas el Señor enfatizó el hecho de: *“nacer otra*

hombre interior” a quien repetidas veces se refieren las Sagradas Escrituras (Ro. 7:22-2; 2da. Co. 4:16; Ef. 3:16, 1 P. 3:4).

cristianos cuyos ojos espirituales no han sido aún abiertos. El profeta Eliseo, sitiado por los sirios en Dothán, tenía revelación para ver la gloria de Dios, pero su criado tenía los ojos espirituales cerrados. *“Y él (Eliseo) le dijo: No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos. Y oró Eliseo y dijo: ‘Ruégote, ¡oh, Señor! que abras sus ojos para que vea’. Entonces el Señor abrió los ojos del mozo, y he aquí que el monte estaba lleno de gente de a caballo, y de carros de fuego alrededor de Eliseo”* (2 R. 6:16-17).

El apóstol Juan enfatiza el hecho de que: *“Ahora somos hijos de Dios, y (que) aun no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando Él apareciere, seremos semejantes a Él, porque le veremos como Él es”*. Esta declaración es de por sí más que suficiente para que entendamos y comprobemos lo maravilloso de nuestra vocación. La expresión citada señala dos realmos, el del tiempo, y el de la eternidad; pues nos habla de *“ahora”*, durante el tiempo de esta vida, y de *“cuando Él apareciere”*. Pues en ese día de *“la manifestación gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo”* (Tit. 2:13), *“cuando viniere para ser glorificado en sus santos, y a hacerse admirable en todos los que creyeron”* (2 Ts. 1:10), es cuando los hijos de Dios entramos en el reino de la eternidad.

Al entrar en el reino eterno, lo primero que experimentaremos, en la serie de maravillas y de portentos prometidos por Dios a sus hijos, es la resurrección. Esa portentosa operación divina es por la cual Dios le promete a Su Pueblo Israel el *“abrir sus sepulcros y hacerlos subir de sus sepulturas”* (Ez. 37:12-13). Es a esto precisamente a lo que se refirió Marta, la hermana de Lázaro, hablando con el Señor respecto a la muerte de su hermano (Jn. 11:24). Este es, inclusive, el mismo día cuando *“los muertos en Cristo primero resucitarán”* (1 Ts. 4:16) con cuerpos incorruptibles, y los que estuvieren en pie *“seremos transformados”* (1 Co.

tenemos confirmada por nuestro mismo Señor Jesucristo quien nos dice: *“El cielo y la tierra pasarán, mas Mis Palabras no pasarán”* (Mt. 24:35).

El apóstol Pablo, por el Espíritu Santo, nos declara la Escritura antigua diciendo: *“Antes como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oreja oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para aquellos que le aman. Empero Dios nos las reveló á nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aún lo profundo de Dios”* (1 Co. 2:9-10). Estas “cosas” increíblemente fantásticas y maravillosas son las que provocan precisamente el encabezado de este tema: *“¿FANTASÍA O REALIDAD?”* Estas cosas no son para todos los seres humanos, sino *“que Dios (las) ha preparado (exclusivamente) para aquellos que le aman”*. Aquellos que le aman y *“que le adoran, en espíritu y en verdad”* (Jn. 4:24), como Él lo requiere, y estos son los hijos de Dios. Aquellos que son fieles y verdaderos.

Inclusive, es conveniente enfatizar el hecho de que aún el entender, creer y mirar las cosas portentosas que Dios ha preparado para sus hijos, no es privilegio dado a todos, sino a quienes Dios lo quiere revelar. Pues no depende de ellos, del intelecto ni de la facultad humana, porque esto se recibe precisamente por revelación. Estas cosas son maravillosas a tal grado que el que recibe revelación para entenderlas, creerlas y mirarlas, está expuesto a ser juzgado como un loco, como un fanático o como un soñador exagerado que vive en un desvarío.

Lo más irónico en este caso es que el cristiano despierto no solamente está expuesto a que le pase lo antes dicho entre el pueblo que no conoce al Señor, sino que puede ser juzgado como tal entre los mismos profesantes

vez”, no en la carne, sino del Espíritu. Esta declaración implica el hecho de que los hijos del Altísimo fuimos engendrados de Dios “por primera vez”, nacidos del Espíritu por “primera vez”, en el principio del tiempo. “Porque a los que antes conoció, también predestinó para que fuesen hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos” (Ro. 8:29).

Como hijos de Dios entendemos que la edad de nuestra vida humana es una cosa, y otra cosa es la edad de nuestra vida nueva, desde que fuimos *“renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la Palabra de Dios, que vive y permanece para siempre”* (1 P. 1:23). Pero las Sagradas Escrituras nos declaran que nuestra edad como hijos de Dios data desde que fuimos *“nacidos de Dios por primera vez”*. Pues el Señor mismo, como el Hijo, dice: *“He aquí, yo y los hijos que me dio Dios”*. Y agrega la Escritura a continuación: *“Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre. Él también participó de lo mismo”* (He. 2:13-14). Para haber venido a *“participar de carne y sangre”* en esta vida presente, invariablemente teníamos que haber existido antes aquí.

Refiriéndose al Hijo, *“el cual es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura”* (Col. 1:15), Dios dice: *“Mi Hijo eres tú, hoy yo te he engendrado”* (He. 1:5). Ese personaje llamado *“el Hijo de Dios”* en *“el misterio de la piedad”* (1 Ti. 3:16), y que es a la vez el propio cuerpo de Dios *“en el cual habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente”* (Col. 2:9), es *“el primogénito entre muchos hermanos”* y a la misma vez, es el Padre Eterno (Is. 9:6). Ese Ser maravilloso es Dios mismo en su cuerpo de gloria en el cual es la única forma en que puede ser visto por las criaturas de su creación, inclusive de sus mismos hijos. Por eso está dicho: *“A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo que*

está en el seno del Padre, él le declaró” (Jn. 1:18), y el mismo Señor Jesús confirma esta maravillosa verdad cuando le dice a Felipe: “El que me ha visto, ha visto al Padre. ¿Cómo dices pues tú: Muéstranos al Padre?” (Jn. 14:9).

Y así como el Hijo (la Imagen Visible) de Dios, que es *“el primogénito de toda criatura”, “el principio de la creación de Dios” (Ap. 3:14) fue “engendrado” desde el principio (Jn. 1:1), los hijos de Dios fuimos también engendrados por primera vez juntamente, y “conforme a la imagen de El Hijo”. Nuestro origen divino no principió aquí en esta vida. En esta vida (a la que hemos venido para ser probados) lo que nos pasó es que al “participar de carne y sangre”, contaminamos con el pecado de ella nuestra naturaleza divina, y perdimos nuestra herencia original. Por esa razón nos era indispensable “el nacer otra vez”. Y por hacer tal cosa posible, fue por lo que el mismo Padre “también participó de lo mismo, para destruir por la muerte al que tenía el imperio de la muerte, es a saber, al diablo, y librar a los (hijos) que por el temor de la muerte estaban por toda la vida (esta vida) sujetos a servidumbre” (He. 2:14-15).*

En resumen, la maravillosa verdad aquí descubierta es que las raíces de nuestro origen como hijos de Dios, se remontan hasta “el principio”. Cuando nacimos aquí “otra vez”, cuando fue restituida en nosotros la naturaleza divina, cuando fuimos transformados por el poder de Dios para empezar aquí a caminar con el Señor, fue entonces cuando cada uno de nosotros se dio cuenta de que es hijo de Dios. Mas no así para con Dios, pues Él lo tenía ya en su conocimiento *“desde la fundación del mundo” (Mt. 25:34).* Por esta razón es que, inclusive, está dicho que: *“el Señor añadía cada día (y hasta hoy) a la Iglesia, los que habían de ser salvos” (Hch. 2:47).*

El entender el hijo de Dios esta maravillosa verdad, como lo explico al principio, va a impulsarlo para que valore y aprecie el fabuloso privilegio de que es dueño. Pues en cambio por la parte negativa está la innegable y terrible verdad de que habiendo aquí ya “nacido otra vez”, habiendo ya “sido renacidos”, y teniendo en poco este privilegio supremo, hay el peligro de perderlo. Pues la advertencia del Espíritu Santo es bastante clara cuando nos dice: *“¿Cómo escaparemos, si tuviéremos en poco una salud tan grande?” (He. 2:3).*

Lo explicado, por tanto, no es solamente un tema novedoso e interesante, sino de vida o de muerte. Pues de la apreciación de ello dependen dos cosas: (1) Que el hijo de Dios, al ser probado aquí y vencer, regrese a la casa de su Padre. (2) Que al ser probado aquí, y salir reprobado, pierda su derecho y nunca pueda ya regresar a la casa del Padre.

EL TREMENDO PODER DE LOS HIJOS DE DIOS

“Mas a todos los que le recibieron, dióles potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en SU NOMBRE; los cuales no son engendrados de sangre, de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, mas de Dios” (Jn. 1:12-13).

Con todo y lo popular que es esta Escritura entre el pueblo cristiano que lee la Palabra del Señor, existe una grande mayoría entre los hijos de Dios quienes no realizan a fondo el significado que en ella se implica con respecto al tremendo poder dado por Dios a sus hijos. Pues desde el momento en que muchos no valoran ni aprecian, como es necesario, el hecho maravilloso de ser hijos de Dios, tampoco se dan cuenta del tremendo poder que tenemos conferido de parte de nuestro Padre. Mas no por ello la Palabra de Dios deja de ser firme y veraz. Esta seguridad la